

relacion puede haber entre el Hijo de Dios que fué sacrificado por nosotros y una innoble pasion que nosotros podamos sacrificarle? Sin embargo, Dios nuestro tierno Padre y Maria nuestra amorosa madre se darán por satisfechos. Ellos no exigirán mas de nuestra miseria y de nuestra faqueza; y con esto solo, hecho con intencion de satisfacerles, les abremos manifestado el reconocimiento y la gratitud que esperan de nosotros.

Finalmente, nosotros debemos nuestra confianza á estos augustos Padres. Aquel que nos ha hecho el don mas rico, no nos rehusará, dice S. Pablo, un don menor. Pues bien, si Dios, de acuerdo con Maria, ha sido con nosotros generosamente pródigo de su Hijo, cómo podremos sospechar ni un solo instante que puedan negarnos cosa alguna? Al darnos su Hijo, no se obligaron espresamente á darnos todo lo demas? Si, Dios y Maria, al darnos su Hijo, nos legaron y pusieron en cierto modo á nuestra disposicion en el órden de la gracia, las riquezas de su amor y de su bondad. Nosotros les encontraremos siempre prontos á enseñarnos, dispuestos á defendernos y á recibirnos con amor, siempre generosos en sus beneficios. Abandonémonos pues con confianza en su amor. A todas las culpas que podamos haber cometido contra ellos, no añadamos la de desconfiar de su misericordia, que seria la mas sensible para sus corazones. Y si nuestra miseria, si nuestra ingratitud, si el recuerdo de nuestras faltas nos impiden presentarnos con confianza ante Dios nuestro Padre, cuya indignacion hemos provocado, recurramos á Maria nuestra Madre. En su compania presentémonos en el tribunal de Dios, y hagamos valer ante él su maternidad. Pidamos con instancia que salve al hijo de su sierva, es decir, de la que, en el momento de ser Madre de su Señor, se llamó su sierva. Ella sabrá apoyar nuestras súplicas, hacer valer nues-

tras razones, hacer aceptables nuestras oraciones, y probarnos que nuestra Madre no es menos tierna ni menos generosa en el cielo, que lo fué, y á tanta costa, en el Calvario. (Véase la nota veintisiete.)

CAPITULO XII.

YA hemos visto como la pasion y la muerte de Jesucristo fueron comunes tambien á Maria. Ya hemos dicho como sintió ella verdaderamente todos sus dolores y todas sus penas. Antes de dejar un asunto tan digno de nuestra compasion y de nuestra ternura, es necesario detenernos todavia un poco á examinar la estension y la intensidad de las penas que Maria sufrió. Es necesario notar desde luego que Maria no es una madre como otra cualquiera, sino una madre que tiene á un Dios por hijo. Cualidad sublime sin duda, pero que fué para ella la causa de los mas acerbos dolores, así como fué tambien el origen de los mas grandes privilegios. Esto es necesario, á fin de comprender cada vez mejor cuán dura fué la condicion con que nos adquirió por hijos, y las mortales angustias que le ocasionamos. Ya hemos dicho que habiendo tomado el Hijo de Dios hecho hombre, en su misericordia, el empeño generoso de salvar al hombre, sacrificando por él su propia vida, prefirió la muerte de cruz á todo otro género de muerte; á fin de que recibiésemos la vida por el mismo medio que nos habia hecho morir á la gracia, para que el principe de las tinieblas fuese vencido con las mismas armas con que habia triunfado y para que, habiendo comenzado nuestra ruina por un árbol, nuestra salvacion procediese tambien de un árbol. Tal es al menos la comun opinión de los santos Padres, de los

Doctores y de los intérpretes, opinion que la Iglesia ha consagrado en cierto modo por la manifestacion que de ella hace en el oficio de la Cruz y en el de la Pasion.

Pero si esta razon es verdadera, no es la única por que quiso ser crucificado el Redentor del mundo. S. Atanasio, como lo refiere Cornelio de la Piedra, afirma que Jesucristo eligió la muerte de cruz como el remedio mas oportuno, como la espacion mas natural de la concupiscencia que todos habiamos contraido por el primer pecado, y que es el origen funesto y la fuente emponzoñada de todos los demas.

Esta opinion parece estar apoyada en la autoridad de S. Pablo, que dice: Nosotros sabemos con certeza que Jesucristo quiso crucificar y crucificó verdaderamente en sí mismo nuestro hombre viejo, para la destruccion del cuerpo de pecado. Pues bien, este hombre viejo y este cuerpo de pecado no son otra cosa que la concupiscencia que se estendió hasta nosotros por consecuencia del pecado.

Para conocer la relacion que la concupiscencia del hombre puede tener con la muerte de Jesucristo en la cruz, es necesario observar que la concupiscencia es esa levadura funesta que corrompe toda la masa, ese veneno sutil y violento que se manifiesta en todas partes, que vicia, altera y deteriora al hombre, que por medio de los sentidos y de las pasiones ejerce sobre él el mas terrible imperio. Hija del primer pecado, engendra á su vez, y se reproduce en todos los pecados. Todos los pecados estan representados en ella y por ella, asi como todos se cometen en ella y por ella. Habiéndose encargado el Hijo de Dios de satisfacer, no solo por el primer pecado, origen de la concupiscencia, sino tambien por todos los pecados de los hombres que son sus consecuencias, debió tener presente con especialidad la concupiscencia que los comprende á todos, que los representa á todos, y á quien S. Pablo llama muy ló-

gicamente *el cuerpo de pecado*. El debió preferir un género de suplicio en el que este cuerpo de pecado y la concupiscencia fuesen condenados, castigados y vulnerados en todas sus ramas. Pues bien, el género de muerte mas á propósito para este fin era ciertamente el de la cruz, porque si la concupiscencia encierra en sí todos los pecados, la cruz tambien, como dice Cornelio de la Piedra, hace sufrir todos los tormentos. Ella es aun tiempo mismo un puñal que hiende las manos y los pies, un potro que estiene y disloca todos los miembros, un garfio que desgarrá, una bestia feroz que devora y despedaza, un fuego que rodea al hombre, lo abrasa y lo consume lentamente. Por esta causa, dice el mismo autor, sufrió Jesucristo todo cuanto es posible sufrir; todos los tormentos que han sufrido los mártires; el suplicio en fin que convenia á aquel que queria satisfacer por las culpas de todos los pecadores. Aquel que era la santidad misma, la inocencia por esencia, habia cargado voluntariamente con la odiosa responsabilidad de todos los crimenes; por consiguiente él se hizo el hombre de todos los pecados; y segun la enérgica espresion de S. Pablo, se hizo en cierto modo el pecado mismo. Del mismo modo, por su cruz se hizo el hombre de todos los dolores, de todas las miserias y de todos los padecimientos; el se hizo el dolor mismo, la miseria misma y el padecimiento por excelencia.

La concupiscencia, efecto y causa á un tiempo mismo del pecado, se habia propagado desde un principio por la culpa de los dos sexos, y habia sido despues para los dos sexos un germen, y una ocasion de pecado. Los dolores y los sufrimientos del Hombre-Dios hubieran sido mas que suficientes para espiarla, como la espiaron en efecto; sin embargo, para que la figura fuese completa esteriormente, quiso el Redentor que los dos sexos concurriesen á esta grande espacion, á

esta condenacion solemne; quiso que al lado de Jesus, el *Hombre de dolores*, se hallase tambien la *Muger de dolores*, es decir Maria; y que los padecimientos inefabiles del uno se comunicasen, de la manera posible al otro.

Y bien, qué entendimiento podrá jamás comprender, qué lengua podrá explicar jamás los tormentos del *Hombre-Dios en la cruz*? Su cuerpo es inocente, santo, puro y sin mancha; el nuevo Adán fué formado, lo mismo que el antiguo, de una tierra virgen, de una carne estraña al desórden de la concupiscencia y del pecado; sin embargo él tiene un verdadero cuerpo humano, compuesto de carne y de sangre, supuesto que lo tomó por los hombres sus hijos, que como observa el apóstol, están compuestos de carne y de sangre. Mas, como estos hombres son pecadores, esta carne, á fin de poderlos representar, es semejante á la carne de pecado; es decir, pasible, mortal, enferma como la carne del hombre despues de su caída, y por lo mismo representa muy bien esteríormente nuestro *viejo hombre*, nuestra concupiscencia, el *cuerpo de pecado*. La justicia de Dios la aligie y la castiga, imponiéndole penas severas, debidas tan solo á la carne pecadora, infestada por la concupiscencia y por la iniquidad. La concupiscencia tiene tres ramos principales, el amor de los bienes sensibles, el orgullo y la voluptuosidad; todas tres son castigadas y espiadas en esta carne por un despojo absoluto, por los oprobios de todo género y los tormentos mas atroces. Asi como la concupiscencia infesta todo el cuerpo sin dejar parte alguna exenta del desórden del pecado, asi tambien el patíbulo en que Jesucristo es colocado, pone todo su sagrado cuerpo en un horrible tormento, y no deja parte alguna de él que no le haga sentir un dolor particular. Sus ojos no encuentran mas que objetos de compasion ó de horror; sus oidos no oyen otra cosa que insultos ó blasfemias; su frente es atravesada por las espinas; su len-

gua atormentada por la hiel; su cuerpo suspendido y asegurado con enormes clavos. La cruz en que están estendidos violentamente sus sagrados miembros, disloca los huesos, dilata los músculos, rompe los nervios, y desgarrá y destroza tambien las entrañas. Ni aun las partes mas internas, ni aun la médula de los huesos está exenta de tormento. Jesus no experimenta otra cosa que dolor, dolor el mas agudo y el mas refinado, dolor universal que le rodea y le penetra por todas partes, que le desgarrá, le atormenta y le consume; y que le hace en fin el hombre de dolores, porque quiso recibir la forma del hombre de pecado.

Qué estado tan violento, qué situacion tan cruel para la humanidad santa del Salvador! Con mucha razon nos decia por boca de un profeta: O vosotros todos los que me veis clavado en esta cruz, contemplad lo que sufro, y podreis decir despues si hubo jamás entre los hombres uno que fuese tratado con tanta crueldad, y si hay un dolor que pueda compararse al mio!

Observemos tambien que Jesucristo sufre todo esto en presencia de Maria; y que no solo vé ella, sino que calcula y penetra el exceso incalculable de tantos padecimientos. Asi como ella es la persona que se encuentra mas próxima á la cruz, asi tambien es la criatura á quien esta cruz atormenta y afiige mas cruelmente.

Misterio profundo de la sabiduria y de la justicia divina en el órden de la gracia! Los tormentos de Maria están en proporcion de su dignidad, de su virtud y de sus privilegios. Llena de gracias y Madre de Dios, escede en dignidad, á todo lo que no es Dios. Ella se halla colocada, por decirlo asi, en los limites de la creacion; ella ha agotado todos los privilegios que una pura criatura es capaz de recibir; mas allá de ella no hay mas que lo infinito y lo increado. Ella es, dice S. Agustin, la obra maestra del poder divino;

superior á ella no hay mas que el que la formó. Esta es precisamente, dice S. Amadeo, la medida de sus padecimientos. Asi como no hay criatura alguna que, por el esplendor de sus privilegios y el mérito de sus virtudes, se haya aproximado mas al Dios hecho hombre, ninguna tampoco se aproximó mas á él por la multitud de los tormentos y la intensidad de los padecimientos.

No hay tormento alguno, no hay dolor ni padecimiento que pueda compararse á los tormentos, á los dolores y á los padecimientos de Jesucristo. De la misma manera jamás hubo en el mundo, añade el mismo Padre, una pasion que pueda compararse ni aun remotamente á la pasion de Maria, esceptuando la de su Hijo. Con mucha justicia esclamaba el profeta en su inspiracion: O virgen incomparable! ó hija desolada de Sion! á quien podré comparar la inmensidad del dolor que ha quebrantado y destrozado vuestro corazon, sino á un mar inmenso y sin limites!

Ay! en Maria todo es misterio profundo, misterio impenetrable. Su concepcion immaculada es un misterio, su virginidad purísima es un misterio, la abundancia de gracia es en ella un misterio y su dignidad eminente de Madre de Dios es un misterio. Asi pues, concluye S. Amadeo, el dolor de su corazon al pie de la cruz es tambien un misterio inesplicable é incomprendible. San Bernardino de Sena vá todavia mas lejos, pues asegura que ninguna inteligencia humana ni aun angélica ha podido jamás comprender ni explicar la violencia de la pasion de Maria: pero que como ella la dividió con Jesucristo, Jesucristo es el único que la comprendió, y que asi como sola la Madre penetró, en cuanto era posible á una criatura, los padecimientos de su Hijo, asi tambien este mismo Hijo es el único que comprendió los padecimientos de su madre, y conoció toda su intensidad.

Procuremos sin embargo formar una idea de la grandeza de su amor, porque su dolor en la pasion de Jesús fué proporcionado á su amor á Jesús; y la vehemencia de este amor fué, dice el mismo Padre, la materia que sirvió de pávulo á sus sufrimientos. Si pues el amor fué la medida de su dolor; examinemos, como dice Cornelio de la Piedra, cuánto fué lo que ella amó, á fin de poder deducir cuánto fué lo que sufrió.

Es cierto en primer lugar que la sensibilidad y el afecto está en la muger en proporcion de la delicadeza de su complexión y de la pureza de su corazon; esta es la razon por qué las personas delicadas, las mugeres puras, y sobre todo las vírgenes, tienen un temple de alma de una sensibilidad y de una amabilidad esquisita; ellas aman con un ardor vehemente y una ternura indecible. Y bien, jamás hubo complexión alguna mas delicada, mas graciosa ni mas noble que la de Maria, la criatura mas perfecta de todas las que, esceptuando la humanidad santísima de Jesucristo, han salido de la mano creadora de Dios, en quien la delicadeza de las funciones, la perfeccion de las formas y la escelencia de los órganos, lo mismo que la dulzura esquisita de sus sentimientos, no solo no fueron alteradas por el pecado original, sino que fueron embellecidas y perfeccionadas por los atractivos de la gracia, y por toda la riqueza de los dones celestiales de que fué colmada por la mano de Dios, desde el momento de su concepcion. Qué pureza pues, qué candor, qué belleza podria igualar á la suya que eclipsa con su esplendor la pureza misma de los ángeles y que atrae sobre sí las miradas y las complacencias de Dios! Espejo purísimo de la integridad virginal, que ningun aliento profano empañó jamás! Carne immaculada, siempre bella, siempre pura! Vos sois la que con vuestro candor agradasteis de tal modo al Verbo eterno, que quiso arraigarse en vos y vestirse en vos de una forma humana! Paloma de Dios,

amiga de Dios, hermosa de Dios, lirio purísimo de los valles misteriosos! Vos sois la que hicisteis germinar en vuestro seno la flor de Nazaret que se recrea entre los lirios de vuestra virginal pureza; y que cuando le concebisteis, os hizo en cierto modo mas pura, mas candida y mas virgen que os encontró. Por consiguiente si jamás hubo una virgen mas pura ni mas bella que María; jamás hubo tampoco un corazón mas dulce, un alma mas tierna, mas sensible, mas afectuosa, ni mas amante que la suya. Y si ella fué la mas perfecta de todas las vírgenes, también fué la mas abrasada de amor; y por lo mismo fué, dice S. Lorenzo Justiniano, la mas desolada y la mas afligida de todas las madres.

Ademas, María habia concebido sin concurso alguno humano, y habiendo suministrado su sangre purísima la materia de que el Espíritu Santo formó la humanidad santa de Jesucristo, la carne de Jesucristo es la misma carne de María. Por esta razon María, como dice Cornelio de la Piedra, fué mas Madre de Jesucristo que las otras madres lo son de sus hijos. María fué en cierto modo su padre y su madre á un tiempo mismo, supuesto que el Verbo eterno recibió de ella sola la sustancia que los demas hijos reciben de su padre y de su madre. María por consiguiente, añade el mismo autor, ama mucho mas á Jesucristo que las madres mas tiernas han amado y amarán á sus hijos; el amor que para los otros hijos se encuentra dividido entre el padre y la madre, se encuentra unido en María; y asi como ella desempeñó para con Jesucristo el ministerio de padre y de madre, ella tiene tambien respecto á él el amor de padre y de madre. Considerad tambien, dice S. Amadeo, que las otras madres conciben sin saber el sexo ni las cualidades futuras de sus hijos. Ellas conciben sin reflexion y como por casualidad: ellas se ven obligadas á decir lo que la ma-

dre de los Macabeos decia á sus hijos: Yo no sé de qué manera aparecisteis en mi seno; vosotros fuisteis formados en él sin que yo lo supiese ó tuviese conocimiento alguno de ello. María por el contrario, antes de concebir en su seno purísimo al Verbo eterno de Dios, supo por el Ángel quien era el que iba á concebir, es decir el Hijo unigénito del Padre, el mismo Hijo de Dios; y sobre esto le pidió su consentimiento. Por consiguiente este fué un hijo á quien ella habia conocido, á quien habia querido y á quien habia elegido antes de verle, y por lo mismo lo amaba mas que todas las madres aman á sus hijos. Si pues no hubo jamás hijo alguno concebido del modo que lo fué Jesucristo, prosigue San Lorenzo Justiniano, si jamás hubo una madre que engendrase de la manera que María; jamás hubo tampoco un amor mas grande ni un dolor mas intenso. San Buenaventura dice en términos mas laónicos: Asi como jamás hubo en el mundo un hijo mas amado, asi tampoco hubo jamás un dolor mas agudo, mas vivo ni mas amargo. De ahí nace la especie de deficientia en que se encuentran los padres cuando buscan palabras propias para expresar los padecimientos de María. Santo Tomás con su precision teológica se contenta con decir que los dolores de María fueron superiores á todos los que pueden experimentar en esta vida. Pensamiento profundo en su aparente sencillez; es en efecto como si hubiera dicho; que asi como María recibió de Dios todos los privilegios y todas las gracias que una pura criatura puede recibir en esta vida, asi tambien sufrió todo lo que una pura criatura es capaz de sufrir en este mundo.

Esta es tambien la opinion de S. Amadeo que afirma que, asi como la santidad reunida de todos los hombres virtuosos no igualaria á la santidad sola de María; asi tambien todos los dolores y todos los padecimientos

reunidos de todos los hombres afligidos, y desconsolados no igualarian á su dolorosa pasion.

Finalmente, de todo lo dicho deduce S. Bernardino de Sena una consecuencia que á primera vista puede parecer una piadosa exageracion, pero que en el fondo es de una rigorosa verdad, refiriendola á la inmensidad de los dolores del hijo y á la inmensidad del amor que hace á su madre partícipe de ellos; dice pues que si los dolores que María sufrió en el Calvario se repartiesen entre todas las criaturas sensibles, ninguna podria sostener una sola porcion de ellos sin morir.

Y si este mar de amargura, encerrado en su tierno corazon, le dejó la vida, siendo asi que dividido entre todas las criaturas seria mas que suficiente para causarles la muerte en el acto; esto no sucedió ni pudo suceder sin un grande y estupendo milagro. La pasion de María fué toda interior; ella fué del carácter y de la naturaleza de la que puso á Jesus en agonía y le hizo sudar sangre en el huerto de las Olivas. Aquel espíritu de fuerza sobrenatural que sostuvo la vida del Hijo y le hizo no sucumbir bajo el peso de su profunda tristeza, capaz por si sola de dar la muerte: aquel mismo espíritu conserva la vida á María en el Calvario y le libra de sucumbir bajo el peso de sus mortales angustias.

Y, cosa admirable! El mismo Dios por quien ella sufre, la sostiene en su dolor, por él sufre ella sus tormentos y en sus tormentos no vive mas que por él. Mas, no debemos admirarnos del rigor inaudito é incomprendible de los tormentos que Jesucristo y su Madre santísima sufrieron en el Calvario, si consideramos la malicia inaudita é incomprendible de Adán y Eva en el paraíso terrenal. Lo mismo en sus cuerpos que en sus almas, todo obedecia á la concupiscencia, por consiguiente en el alma y en el cuerpo de Jesucristo y de su Madre todo debía ser inmolado á la caridad. En aquellos todo fué sensualidad de la carne y per-

versidad del corazon; en estos todo debía ser un tormento terrible para el alma y para el cuerpo. En aquellos el desorden del pecado fué inmenso; en estos la pena debía ser inmensa, lo mismo que la satisfaccion que dieron por la culpa. Y así como Eva por su infidelidad se hizo en Adán y con Adán la reina de los apóstatas, así tambien María por el rigor de sus padecimientos se hizo en Jesucristo y con Jesucristo la Reina de los Mártires. Es necesario ver tambien con cuánta razon y justicia conviene este título á María por todo lo que sufrió por nosotros en el Calvario.

La Escritura dice del antiguo Salomón que despues de haberse sentado en su trono, hizo colocar otro junto al suyo, é hizo sentar en él á su derecha á Betsabé su madre. Esta es una figura de lo que el verdadero Salomón, el rey pacífico hizo en el Gólgota. La cruz es, segun la profecía de David, el trono verdadero, desde el que principió Jesucristo á conquistar al mundo y á reinar en él. Las espinas son su corona, los clavos su cetro, la sangre de que está cubierto su cuerpo, que es todo una pura llaga, la vestidura y el manto real que le sirven de adorno. Tales son las estrañas insignias de soberanía que recibió de la páfida Sinagoga, su madre desnaturalizada, enemigo de las ignominias y de los tormentos; estas son sin embargo las insignias de su verdadera magestad, de su verdadera gloria y de su verdadera grandeza, y el dia en que se adornó con ellas fué tan precioso para su corazon como penoso para su carne santísima. Este es el dia por el que suspiró su tierno corazon con una impaciencia indecible; este dia es para él el de una alegría indecible; porque en él celebra sus nupcias misteriosas con la Iglesia. Tales son al menos las palabras con que se habla de él en el Libro de los Cantares. Mas en un dia tan solemne y tan glorioso para él, no quiso sentarse sin su Madre en el trono de sus tribunales. El quiso que ella fuese co-

locada tambien á su derecha y que dividiese con él su honor y su dolor.

Cuán grande y cuán sublime es este espectáculo á los ojos de la fé, que son los únicos que pueden apreciarlo! Adán y Eva pierden al pie del árbol de la ciencia el imperio que Dios les habia dado sobre todos los seres; y Jesucristo y Maria reciben la investidura de él en el árbol de la cruz! Adán y Eva, por haber deseado revestirse de la gloria misma de Dios, son despojados de su vestidura real de inocencia; Jesus y Maria, por haber renunciado á la grandeza exterior que se les debia como al Hijo y á la Madre de Dios, son revestidos de gloria y de grandeza. Gloria adquirida por la ignominia! Grandeza, fruto de dolor! El Rey de los Mártires hace reflejar tambien sobre la Reina su Madre los rayos de su misteriosa magestad, colocada en el esceso de sus oprobios y de sus padecimientos. Ella los divide con él. Ella permanece inmóvil á su derecha, revestida de la caridad que desde el corazon de su Hijo se comunica al alma de Maria, y la adorna con la misteriosa variedad de sus tormentos, y de sus angustias. (Véase la nota veintiocho.)

CAPITULO XIII.

El martirio de esta magestosa Reina no es sangriento, como el del Rey; su cruz tampoco es visible; pero, deberemos creer por esto que son para ella menos sensibles y menos dolorosos? Es necesario recordar aquí, dice á propósito del asunto que nos ocupa S. Amadeo, que hay dos especies de martirio; uno público y otro privado; uno manifiesto, y otro invisible; uno corporal y otro espiritual. Los apóstoles y los mártires sufrieron en su carne; otros han sufrido en su espíritu y en

aquellos que han experimentado en el fondo de su alma cierta cosa mas sensible aún que los padecimientos corporales. Tal fué el martirio de Abraham, mientras se preparaba á inmolar, segun la orden que habia recibido de Dios, lo que mas amaba en el mundo, su hijo Isaac; y este gran patriarca, cuando se disponia para dar muerte á un hijo á quien amaba mas que á su propia vida, sufrió un martirio mucho mas doloroso que cualquier tormento que hubiera podido sufrir en su cuerpo.

El martirio de Maria al pie del santo árbol de la cruz fué precisamente de este género, es decir, todo espiritual é interior. Ella bebió allí á grandes tragos el cáliz de la amargura; ella dividió con su Hijo su passion y su muerte; saciada y embriagada de un torrente de dolores, sufrió unas angustias, tales como jamás las ha sufrido nadie, y á las que no pueden compararse ninguna otra. Los mártires, dice Guillermo, sufrieron y murieron por Jesucristo; Maria sufre y muere con él. Ella es la única que puede decir que dividió los sufrimientos con su Hijo, que dividió con él su martirio, y que su corazon fué desgarrado por el mismo dolor que él sufrió. Y mientras que los otros mártires fueron bañados en su propia sangre, que era una sangre humana, Maria fué regada con la sangre de su Hijo, que es una sangre divina. Las espadas, las hachas y los potros fueron los instrumentos que causaron los tormentos de los mártires; el instrumento que causó los padecimientos de Maria fué el mismo Jesucristo, cubierto de heridas, clavado en la cruz, insultado y espirando en un océano de oprobios y de dolores.

Cuanto mas amaban á Jesucristo los mártires, menos sentian el horror de los tormentos, cuyo término debia unirles á Jesucristo y ponerles en posesion de él. El amor divino que llenaba sus corazones les hacia mirar como las delicias de un agradable banquete los tormen-

tos atroces de sus cuerpos, como se espesaban S. Marcos y S. Marcelino. María por el contrario sufre tanto más al ver sufrir á Jesus, cuanto es mayor su amor; y su martirio es tanto más duro, cuanto que debe terminar para ella con separarla de la vista y de la compañía de Jesus. El hijo que padece es el mismo Dios á quien ella adora; y la grandeza de su amor, lejos de mitigar su dolor, como observa S. Bernardo, no hace mas que aumentarlo, irritarlo y hacerlo mas vivo y mas intenso. Qué importa que se le perdone á ella, si vé espirar en medio de atroces tormentos á un Dios que es su Hijo! Ella le ama incommensurablemente mas que á sí misma. No puede por consiguiente comprenderse, no puede expresarse, dice S. Anselmo, el rigor de su martirio; porque ella fué mucho mas dolorosamente martirizada por la muerte de su Hijo, que por la muerte que ella misma hubiera podido sufrir por él.

Está escrito de David que habiendo oido la funesta noticia de la muerte de su hijo Absalon, se abandonó á una tristeza profunda; y que, llorando amargamente, hizo resonar por mucho tiempo los salones de su palacio con los acentos de su dolor, no cesando de repetir O hijo mio Absalon! Absalon hijo mio! Por qué no he muerto yo en tu lugar? Por qué me he librado yo de la muerte mientras tú la recibías? O hijo mio Absalon! Absalon hijo mio!

Que bien, si David deseaba morir en lugar de su hijo, de aquel hijo ingrato y rebelde que había atentado contra la corona y contra la vida de su padre; con cuánto mas ardor no deseaba María recibir la muerte en lugar de su Hijo, de ese Hijo santo, inocente, fiel y lleno de amor, de ese Hijo que tiene al mismo Dios por Padre, y que él mismo es Dios? En el exceso de su justo dolor repetiria ella arrebatada por un deseo mucho mas ardiente: O Jesus Hijo mio! Hijo santo, Hijo inocente, divino Jesus mio! Supuesto que se necesitaba una

victima, por qué no me ha sido dado serlo, yo? Por qué no he sido yo crucificada en tu lugar? Por qué no te han perdonado á tí, y me han dado á mí la muerte?

O hijo mio Jesus, ó Jesus mi amado Hijo, No deben causarnos sorpresa los pensamientos enfáticos de que se valen los santos Padres, cuando quieren hablar del rigor del martirio de la tierna Madre S. Basilio nos dice en efecto que Maria escedió tanto á todos los Mártires en la vehemencia de sus padecimientos, cuanto el sol excede á las demás planetas en la abundancia de su luz. S. Gerónimo, por lo mismo que el martirio de Maria fué inferior y oculto en el fondo de su dulce alma, dice que ella debe ser considerada como mas que mártir, porque un mártir, como ya hemos dicho, tiene la alegría en su corazón, mientras que su cuerpo está en los tormentos; y Maria, cuyo cuerpo se libra de los tormentos, tiene el corazón atravezado y desgarrado. S. Ildefonso sostiene que si se reunieran todos los tormentos que los mártires han sufrido, podria representarse un martirio horrible y espantoso; pero que este martirio no daría ni aun una pequeña idea del de Maria. Finalmente S. Anselmo asegura que no solo se deben considerar como pequeños, sino que se deben contar por nada todos los padecimientos de los mártires, en comparación de los padecimientos de Maria.

No puede por consiguiente imaginarse una cosa mas grande que la violencia de los tormentos de que fué víctima el tierno corazón de Maria. Mas no, no nos engañamos, dice S. Amadeo; sobre los padecimientos de Maria hay todavía una cosa mas grande y mas admirable, y es la fortaleza con que los sufrió. Caliz misterioso de aflicciones, mas amargo que la muerte! Sin embargo Maria lo acerca á sus labios con una fortaleza invencible y lo bebe hasta las heces. Una mujer sostenida por la gracia pudo sufrir sola lo que todos

los hombres unidos no hubieran podido sufrir; ella triunfó de la flaqueza de su sexo. La muger venció al hombre; y se elevó por su valor sobre la humanidad entera, así como su dolor fué superior á todo cuanto la humanidad puede sufrir.

La Historia Sagrada nos ofrece en la valiente madre de los Macabeos una figura y una profecía al mismo tiempo de la fortaleza, milagrosa y sobrenatural de la Madre de Dios. Ella vé con sus propios ojos á sus siete hijos á quienes amaba tiernamente y aun más que á sí misma, sufrir uno después de otro los tormentos mas crueles y la muerte mas atroz; porque les cortaron las estremidades de los pies y de las manos; les cortaron la lengua; les arrancaron cruelmente la piel de la cabeza con los cabellos; les tostaron el cuerpo en calderas ardiendo; y así mutilados, acabaron en el fuego y entregaron su espíritu en medio de los tormentos mas crueles. Ni la Historia Sagrada ni la profana ofrecen un ejemplo igual de barbarie. Jamás los ojos de una madre fueron afligidos por un espectáculo mas cruel; jamás el corazón de una madre fué traspasado por un dolor mas vivo. No debe pues llamarse á esta muger magnánima, dice S. Agustín, mártir, una sola vez, pues que en seguida de sus hijos confesó ella misma la religion y la ley de Dios en medio de los tormentos, y coronó una vida santa con un martirio glorioso; sino que se debe llamar siete veces mártir, porque el martirio de cada uno de sus amados hijos fué para ella un martirio nuevo y distinto. Como ella los amaba á todos, fué atormentada en cada uno de ellos antes de serlo en su propia persona. Todos sus dolores, todos sus tormentos se le hicieron personales, y el amor maternal repetía cada vez en su corazón la horrible carnicería que veía hacer en cada uno de sus hijos. Muger admirable sobre toda expresion, como dice el testo sagrado: Madre verdaderamente extraor-

dinaria, heroica y digna del homenaje y de la veneracion de todas las almas generosas y piadosas, que tuvo el valor y la fortaleza de ver con ojos enjutos, con rostro sereno y con el alma, no solo tranquila sino alegre, la matanza cruel de sus siete hijos en un mismo dia. Y bien lejos de quejarse al ver á sus hijos privados de la vida uno despues de otro, del modo mas bárbaro, su espíritu se regocijaba; hecha superior á sí misma, llena de una sabiduria divina y de una fuerza celestial, y manifestando sentimientos nobles y un vigor enérgico, exhorta á cada uno de ellos con una atencion especial á sufrir religiosamente y á morir con valor. Ved con cuanta ternura y con cuanta fuerza se dirige su maternal elocuencia al mas jóven, al mas débil de sus hijos; ved como le ruega y le conjura, le insta y le persuade: Hijo mio, le dice, amado y tierno Hijo mio, ten piedad de esta viuda tu madre! Acuérdate, hijo mio de que te he llevado en mi seno, de que te he alimentado con mi leche; acuérdate de los cuidados y de las penas que me ha costado criarte y hacerte llegar á la edad que tienes. Mas, qué quiere, qué pide esta madre desolada con una súplica tan tierna? Es quizá que este último hijo le evite el dolor de verle morir, rindiéndose á las sacrílegas sugestiones del tirano? El tirano lo cree así y se atreve á lisonjearse de ello, y por esta causa recurre á la mediacion de la madre, para hacer caer al hijo en la apostasia.

Mas esta madre heroica teme mucho mas por la fé de este último hijo que le queda, que por su vida; ella teme mas la apostasia que puede corromper la inocencia de su alma, que los tormentos que van á desgarrar su delicado cuerpo. En ella está la Religion mas alarmada que la naturaleza. Lo que ella teme no es el furor del tirano, sino la flaqueza de la edad de este hijo que podría hacerle vacilar; por esta razon le invita con lágrimas y con las expresiones de un amor tan tier-

no á seguir el ejemplo de sus generosos hermanos, y á morir mártir, antes que vivir impio; á temer á Dios, y á despreciar los verdugos.

Pero, dónde ha adquirido esta generosa madre tal grandeza de alma? Quién ha podido inspirar á una muger, á una madre un valor tan extraordinario? La esperanza firme é incontestable, dice la Escritura, que ella habia puesto en Dios de los felices resultados que estas palabras habian de producir, no solo en sus hijos que eran las victimas, sino tambien en todo el pueblo que recogeria el fruto de ellas. Por esta causa el último de sus hijos decia al morir: Yo muero gustoso para hacer á Dios propicio á mi pueblo. Yo estoy cierto de que mi muerte y la de mis hermanos tendra una fuerza de espacion en presencia del Dios todopoderoso. Nosotros somos unas victimas por las que será satisfecho y apaciguado su justo furor contra nuestra nacion.

Y quién no vé en este ejemplo de sublime fortaleza, de generosidad extraordinaria y de una piedad profunda, dado por la invencible madre de los Macabeos, la figura sensible de un valor mucho mas noble, de una generosidad todavía mas extraordinaria y de una piedad mucho mas perfecta, cuyo ejemplo dió la Madre de Jesucristo en el Calvario? Es cierto que la primera ve á sus siete hijos inmolados en su presencia, y que María no vé mas que á uno solo; pero este Hijo único de María, no solo vale mas que los siete Macabeos, sino que vale infinitamente mas que todos los hijos de los hombres reunidos, supuesto que es tambien Hijo de Dios. María pues le tenia un amor mayor que el amor reunido de todas las madres á sus hijos; por consiguiente, como ya le hemos hecho notar segun la doctrina de los Padres, su corazon fué mas dolorosamente atormentado por la vista del suplicio cruel de su Hijo único, que el corazon de todas las madres que han sido

espectadoras de los padecimientos y de la muerte de sus hijos. Si la madre de los Macabeos es siete veces mártir, porque vió morir á sus siete hijos, María es infinitas veces mártir, porque vió morir á un Hijo que vale tanto como una infinidad de hijos.

Por lo demas, la figura tiene puntos de semejanza bastante claros con el objeto figurado. El dolor se renovó siete veces en el alma de la madre de los Macabeos, por causa de sus siete hijos; y el dolor se renovó otras siete veces de una manera especial en el alma de María por causa de Jesucristo su Hijo único; y si la primera fué martirizada siete veces, la segunda fué atravesada otras siete veces por la espada del dolor. La madre de los Macabeos piensa menos en la cruel catástrofe que la priva de todos sus hijos á la vez, que en la indignidad de Dios, provocada por las prevaricaciones de Israel, y que va á ser apaciguada, satisfecha y alejada de su nacion por el sacrificio de esta santa y generosa familia; y el pensamiento de la salvacion de su pueblo le hace sufrir este espectáculo con tanta tranquilidad. María piensa menos en el acontecimiento doloroso que la priva de su Hijo único, como observa S. Ambrosio, que en la cólera de Dios, inflamada por las prevaricaciones de los hombres, y que va á ser aplacada por la inmolacion de su Hijo; este pensamiento de la redencion del mundo le hace sufrir con tanto valor la vista de las llagas de Jesucristo. La madre de los Macabeos, lejos de quejarse de ver que sus hijos están destinados á ser de victimas espiatorias para un objeto tan noble, desea ardentemente, y llama con la mayor alegría el momento en que ha de consumir esta grande espiacion con el sacrificio de su propia vida; ella se adelanta al furor del tirano y lo provoca; ella no está satisfecha hasta tanto que sea sacrificada tambien como sus hijos. María, dice S. Ambrosio, lejos de quejarse de ver que su Hijo, la santidad y la inocencia, misma,

es sacrificado por un mundo culpable, quisiera tambien sacrificarse ella misma con él; por esta razon, dice el mismo S. Ambrosio, procura excitar contra sí la rabia de los verdugos de Jesucristo, y se ofrece á su furor. Finalmente la madre de los Macabeos, dice San Agustin, se hace mas fecunda al entregar sus hijos á la muerte, que cuando les dió la vida, porque se hace espiritualmente como la madre de su pueblo, al que confirma en la verdadera Religion con el ejemplo de su heroica virtud. Maria igualmente se hace una madre mas fecunda cuando pierde á su Hijo con dolor, que cuando lo concibió con alegría; pues por un Hijo de que se priva, adquiere una multitud de hijos. Ella entrega á Jesus á la cruz, y en él y con él, se hace madre de todos los cristianos. Dolores fértiles, padecimientos verdaderamente fecundos de la Madre de Dios! Herida de su tierno corazon verdaderamente preciosa para nosotros! Nosotros hemos sido engendrados en este corazon por sus sufrimientos, como Jesucristo fué engendrado con su sangre en su seno purísimo. Este seno fué el tabernáculo del Hijo de Dios; este corazon es el arca de salvacion de los hijos de los hombres. (Vease la nota veintinueve.)

CAPITULO XIV.

Dos cosas muy distintas hubo en la catástrofe ocurrida en Eden, el pecado que Adan cometió, y el castigo en que por él incurrió; la culpa y la pena.

Materialmente no hubo mas que un pecado; pero moralmente, este pecado fué completo; fué un semillero de pecados; porque de parte del hombre hubo rebelion manifesta, y desobediencia al precepto de Dios.

hubo orgullo, y orgullo diabólico, en querer hacerse semejante á Dios; hubo incredulidad, en otorgar su confianza al demonio que prometia la divinidad, y en retirarla de Dios que amenazaba con la muerte; hubo impiedad, en creer que Dios mentía, y que solo habia prohibido comer el fruto misterioso para no encontrar un rival en Adan, y no para evitar que se hiciera culpable. Hubo finalmente un pecado de sensualidad, al preferir satisfacer la vista y el paladar, mas bien que respetar el precepto divino.

Habiendo sido múltiple el pecado, lo fué tambien el castigo. Los dos culpables, Adan y Eva fueron despojados al momento de su inocencia original y de la gracia santificante; ellos perdieron el imperio que tenian sobre su propia carne y sobre sus pasiones; desde aquel instante sintieron en sí una guerra interior que les hizo avergonzarse de sí mismos; finalmente incurrieron en la muerte del cuerpo, y en la muerte todavia mas funesta del alma, en la enemistad de Dios y en la condenacion eterna.

Pero ademas de estos castigos que fueron comunes á los dos, cada uno de ellos incurrió en otros que fueron propios y peculiares de su sexo. El hombre fué condenado particularmente á cultivar una tierra, que se habia hecho por su pecado maldita é ingrata, estéril en frutos y fecunda en espinas y abrojos, y alimentarse del fruto de su trabajo y de sus sudores. La muger fué condenada á una sujecion absoluta, á una perfecta dependencia de su marido, á concebir en la ignominia los hijos que habia de dar al mundo con dolor.

El hijo de Dios, el Adan verdadero, el nuevo Adan, habiéndose colocado, por un exceso de misericordia en el lugar del primer Adan, para curar sus males y reparar sus pérdidas, quiso no solo espisar la culpa, sino tambien incurrir voluntariamente en la pena y sufrirla. Para espisar el pecado, se hace obediente, se humilla

y sufre toda clase de dolores, porque Adán habia desobedecido, se habia llenado de orgullo y se habia abandonado á la gula y á la sensualidad; y para hacerse todavia mas semejante á aquel cuyo lugar ocupaba, se pone voluntariamente á cultivar, en el orden de la salvacion, una tierra ingrata, es decir la Sinagoga, que corresponde á los esfuerzos de su amor y de su celo con una esterilidad espantosa; que en vez de los frutos que tenia derecho á esperar de ella, no le produce otra cosa, como él mismo se queja por sus profetas, que persecuciones y amarguras, cruces y espinas. Finalmente el quiere á fuerza de trabajo, de fatigas y de sudores adquirir su pan, es decir la conversion de las almas, que él llamaba el alimento agradable á su corazon, la obra de Dios por excelencia.

Pero ya hemos visto que aunque Jesucristo, por la sola excelencia y la dignidad de su sacrificio, espío los pecados del mundo, quiere sin embargo que Maria se asocie á este sacrificio expiatorio, á fin de que participe de la redencion en el Calvario, como Eva habia participado del pecado en el paraíso terrenal. El quiere, no solo que tome parte por su humildad, su piedad, su obediencia y sus dolores en la espacion de su culpa sino que tambien sufra la pena. Y como ademas de la pena comun á los culpables, tomó tambien Jesucristo la pena particular impuesta á Adán como hombre, quiere tambien que Maria tome sobre sí y esperimente la pena impuesta á Eva como muger. Ved aquí por qué la madre de Dios, que á nadie reconocia superior á sí, excepto á Dios que es su Hijo, se sometió á su santo Esposo que no era mas que un puro hombre, y estuvo sujeta á él de la manera mas humilde y mas perfecta, y ademas de esto se sometió á la pena de dar al mundo hijos en su dolor.

El apóstol S. Juan en su apocalipsis habla del prodigio singular de una muger misteriosa rodeada del es-

plendor y de la gloria del sol, cuya cabeza estaba adornada con una corona de doce estrellas, y que colocando sus pies sobre la luna, lanzaba gritos lastimeros, y sufría horribles tormentos, para dar á luz el fruto que llevaba en su seno.

Pues bien, S. Agustin afirma que esta muger extraordinaria es Maria, que Maria fué verdaderamente revestida del esplendor del sol de justicia que tomó en ella la carne humana y reposó en su seno; que él adornó su cabeza con la corona de estrellas de los divinos privilegios con que la enriqueció; y que ella huella con sus pies inocentes la luna, es decir la inconsistencia y el prestigio de las grandezas del mundo. Pero, cómo puede decirse tambien de Maria que parió en los sufrimientos y en el dolor, cuando la doctrina de la Iglesia y de los Padres respecto al parto milagroso de Maria es que fué exenta de la maldicion fulminada contra Eva, como lo fué de su pecado, es decir que parió sin dolor? Oigamos sobre este particular un pasaje elocuente y sublime del Santo Obispo Amadeo: Maria, dice, parió á Jesucristo sin detrimento alguno de su virginidad, así como lo concibió sin detrimento de su pudor. Ella permaneció intacta al darle á luz, así como habia quedado pura al recibirle. Y así como su concepcion habia sido sin pecado, su parto fué tambien sin dolor; no habiendo causado en ella el parto alteracion alguna, así como la concepcion tampoco le habia dejado ninguna mancha. Si (lo que no se puede pensar sin hacerse culpable) ella hubiera concebido con una satisfacion carnal, no hubiera podido evitar el parto con dolor. De ahí nace que hasta el presente las infortunadas hijas de Eva paren en el dolor; y el fruto que una ignominiosa satisfacion hace germinar en su seno, no llega á su madurez sino con una amargura mayor, y con los dolores mas agudos. O bella y noble prerogativa de Maria! continúa el San-

to Obispo: ella no experimenta tormento alguno en su carne virginal, porque no sintió ninguna satisfacción. Despues de haber concebido á su Hijo, permanece Virgen, y despues de haberle dado á luz, queda mas pura. Todo fué divino en este parto inefable; el hijo que nació fué divino; la mano que lo recibió en su nacimiento fué divina, y esto sin perjuicio de la que lo dió á luz.

Ved aquí pues, prosigue el mismo Padre, en lo que se diferencia el parto precioso de María de el parto de Eva: Eva parió en la corrupcion y María en la pureza; Eva parió en la miseria, y María en la santidad; Eva parió en la vejez del pecado, y María en la novedad de la inocencia, porque Eva parió al esclavo y María al Señor; Eva al culpable y María al justo; Eva al pecador, y María al que santifica y salva del pecado. En el parto de Eva la serpiente infernal tendia asechanzas á su fruto para devorarlo; los ángeles asistían á de María para servirle. Eva en su parto tiene el espíritu lleno de espanto, y el cuerpo lleno de dolores; María en el suyo se vé colmada, por la virtud misma de Dios, de un santo gozo y de la alegría mas pura.

Si pues María fué exenta de la maldicion que pesa sobre las demás mugeres, cuando dan á luz sus hijos en medio de padecimientos crueles y de gritos arrancados por el dolor; si María parió á su Hijo sin dolor, así como lo había concebido sin mezcla alguna de concupiscencia; cómo nos la representa el discípulo amado y nos la manifiesta bajo la figura de una madre, víctima de todos los dolores y de todos los padecimientos de un parto difícil y laborioso?

Para resolver esta dificultad, recordemos que Jesucristo es llamado en la Escritura el primogénito de una familia compuesta de muchos hijos. Pues bien, si es de fé que María no concibió ni parió segun la carne mas que un solo hijo que es Jesucristo; es necesario

que pariese otros hijos segun el espíritu, y estos hijos son los cristianos.

Ved aquí pues en María dos generaciones y dos partos; el uno corporal, y el otro espiritual; el uno en Belén, y el otro en el Calvario; el uno de su carne purísima, y el otro de su tierno corazón; el uno segun la naturaleza, y el otro segun el amor; el uno que es santo, porque fué el del mismo Hijo de Dios y el otro pecador, porque son los hijos de los hombres.

En el primero de estos dos partos imitó María en la tierra la generacion del Padre Eterno en los cielos, porque engendró de su sola sustancia y sin padre al mismo Verbo divino que el Padre engendra tambien sin madre y de su sola sustancia. Al dar á luz al mismo Hijo de Dios, lo hizo con la misma condicion, es decir, sin sufrimientos, sin pena y sin dolor. Mas en su segundo parto, engendrando María hombres pecadores, renueva la generacion de Eva, que no dá á luz mas que hombres pecadores. Asi pues, en esta segunda generacion no dá á luz María mas hijos que los mismos de Eva; por consiguiente no los pare sino con la misma condicion, es decir que así como Eva no dá á luz los hombres pecadores sino en medio de dolores, María los pare tambien en el dolor. Cuando S. Juan nos refiere las penas, los sufrimientos y los dolores de María, hace alusion á su segundo parto, y no al primero, pues que solo en el segundo fué cuando, desgarrado su corazón por los padecimientos y atravesado por la espada del dolor, lanzó hondos gemidos, arrancados por la tristeza y la compasion.

Jesucristo sufrió en su persona, y esto de una manera tanto mas dolorosa cuanto fué mas espiritual, la pena impuesta al hombre de cultivar una tierra ingrata, y de alimentarse del pan de su trabajo y de sus sudores. María igualmente experimentó en si misma, y de una manera tanto mas sensible cuanto era mas espiritual,

la pena impuesta á la muger, de parir en el dolor. La sentencia pronunciada contra Adán, *que la tierra regada con su sudor y cultivada con sus afanes no le producirá mas que abrojos y espinas*, no tuvo su cumplimiento literal sino en Jesucristo, á quien la ingrata Sinagoga, en recompensa de sus milagros y de su celo, no dió otra cosa que hiel amarga y una corona de espinas; la sentencia pronunciada igualmente contra Eva, *que no veria multiplicarse sus hijos, sino para ver multiplicar y redoblar sus dolores*, no se verificó en toda su extension sino en María, en quien la inmensidad y la violencia de los dolores del parto estuvieron en proporcion de la multitud de los hijos de los hombres que dió á luz en el Calvario.

Ved aquí pues á María, dice Juan Damasceno, que al dar á luz sus hijos pecadores en el momento de la pasion de Jesucristo, experimenta los dolores que no experimentó al dar á luz su Hijo inocente. Pero esto no es bastante, prosigue S. Bernardo, porque no solo experimentó ella en su parto misterioso del Calvario los dolores que debió sufrir en el de Belen, si hubien parido como las otras madres, sino que el dolor, de que entonces fué dispensada, lo sintió mil veces mas fuerte en el momento de la muerte de su Hijo por nuestra salvacion. San Bernardino de sena, que es entre todos los doctores el que mas ha examinado y sondeado el mar profundo de las amarguras ó de los dolores en que María se encontraba sumergida al pie de la cruz, añade que en la muerte de Jesucristo adquirió el título de madre de los Cristianos, á costa de sus dolorosa angustias; porque María al darnos á luz á la vida de la gracia, experimentó colectivamente, unidos en un mismo dolor y en un solo parto, todos los dolores, todas las angustias y todos los tormentos que han experimentado y experimentarán todas las madres al parir á la vida natural, sufrimientos y tormentos inauditos,

pues que de todas las criaturas animadas, la muger es la que mas sufre en el parto. Y la razon es clara; debiendonos María parir á todos, debió sufrir particularmente por todos.

De todas estas circunstancias se deduce claramente que la antigua Raquel es la figura y la profecía de María. En efecto Raquel es al principio estéril por naturaleza, y María lo es por eleccion y por voto. No obstante su esterilidad natural, Raquel se hace madre; pero esto no es sino por un milagro, pues que solo un milagro podia hacerla fecunda. María igualmente, no obstante su virginidad voluntaria, llega á ser madre, y lo es por el mayor de todos los milagros; porque solo Dios podia hacer que una virgen fuese madre, permaneciendo virgen, y sin concurso humano. El hijo de Raquel es José, el mismo José que entregado y vendido por sus hermanos, se hace despues el salvador de estos mismos hermanos que quieren quitarle la vida, y que por lo mismo es llamado el pastor y la piedra de Israel. El Hijo de María es Jesucristo que, entregado, vendido y crucificado por los hombres, se hace salvador de los hombres, y es llamado por lo mismo el buen Pastor por excelencia, la piedra angular que sostiene el edificio de la salvacion. El Hijo de Raquel valia por si solo mas que todos los hijos de Lia; porque, qué hubiera sido, no solo de los hijos de Lia, sino de toda la familia de Jacob, sin el hijo de Raquel, que los salvó á todos del hambre y de la muerte? El Hijo de María, solo y pobre, vale mucho mas que todos los hijos de las demas madres, porque, qué seria de todos los hijos de los hombres sin el Hijo de María que los salvó de la esclavitud del pecado y de la muerte? Pero lo que conduce mas á nuestro propósito es que apenas Raquel dió á luz á José, cuando comprendió que este no seria el solo hijo que ella tendria, y que este primer hijo le prometia otro. Por esta razon se llamó José,

que significa *union* y *acrecentamiento*; despues exclamó ella en un raptó profético: Dios hará de una manera que mi primer hijo sea la prenda de otro segundo.

Jesús igualmente es para María la prenda, y la garantía de otro hijo, pues que hablando de su parto, se dijo que había dado á luz su *Hijo primogénito*, lo cual significa claramente el parto de otro hijo segundo.

La una y la otra profecía, el uno y el otro presentimiento de estas dos madres misteriosas se cumplieron exactamente. En efecto, Raquel parió despues á Benjamin en Betel; y María parió á los hombres en el Calvario. Pero ay! qué diferencia tan grande entre el nacimiento de estos dos hijos segundos, y el de los dos primogénitos de estas dos madres! Raquel pare á José sin trabajo, sin sufrimiento y sin dolor, y María pare á Jesucristo sin trabajo y sin el mas leve dolor. El nacimiento de José llena á su madre del mas puro gozo; y el nacimiento de Jesucristo llena el alma de María de los mas santos trasportes de regocijo. Por el contrario, el nacimiento de Benjamin causa á su madre un dolor tan grande, unos tormentos tan violentos, que se vé reducida á la mas dolorosa agonía. Por esta razon Raquel le llamó *Benoni ó el hijo de su dolor*, el hijo de su amargura y de su duelo, y verdaderamente él fué un hijo de duelo y de amargura, pues que su nacimiento costó la vida á la que se la dió. El último hijo de María, es decir, la humanidad, la Iglesia, causó igualmente á su corazón tormentos inmensos, en el momento en que ella la parió en el Calvario; es por consiguiente el hijo de su dolor, de sus angustias, de su agonía y de su muerte, pues que el dolor que nuestro nacimiento causó á María era capaz de haberle dado mil veces la muerte, si, como ya hemos notado, un milagro no le hubiera conservado la vida. (Véase la nota treinta.)

CAPITULO XV.

CUÁN grandes y sublimes, cuán preciosos y tiernos son los misterios del Calvario! Jesucristo está en la cruz; y por los tormentos inauditos que padece en ella, por la muerte ignominiosa y cruel que sufre, destruye al hombre viejo, al hombre de pecado, al hombre condenado á la reprobacion y á la muerte; borrando con su sangre el funesto decreto que le condenaba; de este modo prepara en su próxima resurreccion una reforma completa, una creacion nueva y misteriosa del hombre. Nuestra salvacion procede pues de sus enfermedades y de sus tormentos, y nuestra vida de su muerte. El nos engendra en su cruz, nos prepara para un nacimiento nuevo, nos anima, nos vivifica, nos hace entrar en un nuevo orden de providencia y de gracia, y nos incorpora á una nueva naturaleza, justa con su justicia, santa con su santidad y gloriosa con su gloria; y así como todos morimos en Adán y con Adán junto al árbol fatal de la ciencia, todos tambien renacemos á la vida en Jesucristo sobre el árbol precioso de la cruz.

Pero debemos observar que esta sangre purísima, que derramada sobre la tierra, hace germinar como nuevas plantas, hijos de Dios; que esta carne inocente, que sin ser contaminada por el pecado, representa todos los pecadores; porque es semejante á la carne de pecado, en la que el pecado ha sido condenado y destruido; que este cuerpo santísimo en el que nuestro viejo hombre es crucificado, espia el pecado, destruye la condenacion y hace abolir el decreto de muerte; que esta humanidad augusta en la que todos los hombres experimentan los efectos de la maldicion, para ser ben-

decidos de nuevo, y mueren, para renacer á una nueva vida; debemos repito, observar que esta sangre, esta carne, este cuerpo y esta humanidad pertenecen de una manera particular y propia á María. Se pertenecen en primer lugar porque, como dice S. Agustín y el venerable Beda, el verbo divino no tomó su carne humana sino de la carne y de la sangre de María. En segundo lugar, porque la recibió de María sin mezcla alguna de carne extraña. En tercer lugar porque María se la dió voluntariamente, cuando se le pidió su consentimiento para la encarnación, y ella se ofreció con prontitud á suministrar al Verbo de Dios una carne tomada de la suya propia, para que sirviese de víctima en la cruz. María por consiguiente no solo padece con Jesucristo, es crucificada y muere con él, porque el amor hace comunes á la madre, y principalmente á la Madre tal, los padecimientos y la muerte del hijo, y sobre todo de tal Hijo, sino tambien porque este cuerpo en el que Jesucristo sufre los tormentos y la muerte es todo de María; por esta razon todos los misterios que se realizan en este cuerpo son comunes á los dos.

Es cierto que todo el mérito del sacrificio de la cruz por nuestra salvacion procede de que esta carne, verdaderamente humana está sustancialmente unida en Jesucristo á la persona divina del Verbo; y que, en él y por él es elevada, ennoblecida y hecha capaz, en la fragilidad humana, de dar una satisfaccion de un valor infinito, digna por lo tanto de Dios.

Pero si en cuanto á la grandeza del mérito, la persona del Verbo lo es todo en la ofrenda de este sacrificio, la humanidad en la cual se ofrece lo es todo en cuanto á su cumplimiento exterior. Pues bien, esta humanidad es el fruto de las entrañas de María; ella la alimentó con su leche; ella la dió voluntariamente y la ofreció para la cruz por su conformidad y su obe-

diciencia; la generacion espiritual que se obra por esta carne divina, se remota por consiguiente hasta Jesucristo y al mismo tiempo hasta María; hasta Jesucristo que ofrece el sacrificio y le dá un valor infinito, y hasta María que fué la que suministró la víctima.

En el paraíso terrenal Adán pecó mas gravemente que Eva; él pecó en cualidad de cabeza y padre de toda nuestra especie; su pecado es pues el que se trasmite á todos los hombres. Mas este pecado que todos cometimos en Adán, que todos recibimos en Adán, lo consumó el primer hombre en una fruta que Eva habia cogido, que Eva llevó, que Eva ofreció á su malhadado esposo, persuadiéndole que la comiese, y por lo mismo el pecado de Adán es tambien el de Eva. Aunque el pecado de Adán sea propiamente el que nos causa la muerte, esta muerte sin embargo procede de la cooperacion y de las manos de Eva. Ved aqui por qué Jesucristo padece en el Calvario mas que María; y como él padeció en cualidad de cabeza y de padre de la nueva raza que debía nacer de él, en cualidad de una cabeza y de un padre que es al mismo tiempo Dios, se nos comunica por lo mismo su justicia. Mas esta justicia que hemos obtenido en Jesucristo, y que recibimos de Jesucristo, la mereció el mismo en la carne que María le suministró, le ofreció y le dió voluntariamente. Por esta razon de Jesucristo es tambien el de María. Y aunque solo Jesucristo sea propiamente el que nos engendra y nos vivifica, sin embargo esta vida nos viene tambien por la cooperacion y por las manos de María.

Mas, qué hace María en el Calvario, en pie é inmóvil junto á la cruz? Ay! ella participa de los sufrimientos y de la generacion misteriosa de Jesucristo, en él, y con él, dice S. Bernardo, en la inmensidad de su dolor y en medio de los horrores y de las angustias de la muerte, nos dá á luz para la vida:

Así pues, Adán en el misterio de iniquidad que nos da la muerte, tiene una compañera; y Jesucristo tiene otra compañera en el misterio de gracia que nos vivifica. María no solo está asociada al amor generoso del Padre eterno en su adopción, sino que también lo está á los crueles tormentos del Hijo eterno en su generación. Un pueblo nuevo, un pueblo santificado recibe el ser, no solo del amor del Padre y de los sufrimientos del Hijo, sino también de los dolores y del amor de la Madre. Este pueblo afortunado tiene en María una verdadera madre para la vida; así como el pueblo antiguo, el pueblo corrompido, nacido de la desobediencia de Adán y el orgullo de Eva, tuvo una madre en la persona de Eva, pero una madre para la muerte. Por esta razón las palabras que Dios pronunció contra Eva: *Tu parirás en el dolor*, son á un tiempo mismo, una ley y un misterio, una condenación y una profecía. Desde este instante los padecimientos son una condición inevitable para ser madre, no solo en el orden de la naturaleza, sino también en el de la gracia. La ventaja de tener hijos espirituales, lo mismo que el consuelo de tener hijos terrenos, no puede adquirirse sino á precio del dolor. La cualidad de madre será inseparable de la de mártir. Eva que no se hace madre de los hijos del hombre si no sufriendo en su cuerpo los dolores mas agudos es la figura de María que para ser madre de los hijos de Dios, sufre en su corazón los tormentos mas atroces y mas intensos.

Entonces fué cuando se cumplió á la letra el prodigio estupendo que el profeta Isaías habia anunciado en los términos pomposos que le sugeria su admiración: Quién ha visto jamás, quién ha oído referir jamás un acontecimiento tan singular y tan extraordinario? Cómo es posible que un solo día, un solo parto cubra la tierra, y que todo un pueblo nazca momentáneamente

de un solo parto! Sin embargo así es como Sion ha concebido y dado al mundo sus hijos. Hay mas aun: el parto ha precedido á la concepción, y antes de cumplirse el tiempo necesario se la ha visto parir un hombre fuerte y robusto.

Y bien, cuál es esta misteriosa Sion, que de un solo parto engendra y se hace madre de un pueblo entero? Cuál es en este pueblo el que nace de repente, á un tiempo mismo, como sin haber sido concebido, que no conoce infancia ni juventud, y que en el instante mismo en que vé la luz, aparece en toda la fuerza de la edad viril? Es posible no reconocer á María en esta Sion, ni ver en este pueblo, adulto desde su nacimiento, el pueblo cristiano, la Iglesia, que de repente nació en el Calvario, de Jesucristo y de María, y que apenas nacida, hizo la conquista del mundo, y dió pruebas de un rigor y de una fuerza invencible en la persona de sus Apóstoles y de sus Martires?

Tierna y generosa María, hecha fecunda milagrosamente al pie de la cruz! Reconozcamos que, despues de Jesucristo debemos á ella nuestro nuevo nacimiento. En el Calvario, donde Jesucristo su primogénito tuvo su tumba, nosotros sus hijos segundos tenemos la cuna. Donde él muere, nosotros nacemos; pero renacemos por ella, porque ella nos concibió allí y nos parió en el dolor, como Jesucristo nos regeneró con su sangre. Los dolores de este parto fueron grandes sin duda; mas el pueblo que ella parió es innumerable.

Debemos deducir de todo esto que la antigua Eva, en lo que dice de ella la Escritura, es el tipo y la verdadera figura de María, así como Adán lo es de Jesucristo; que María es esa Eva misericordiosa para nosotros, porque es esa Eva fiel á Dios, esa Eva santa, esa Eva bendita, esa Eva fecunda por la justicia. Por el nombre mismo, María es la verdadera Eva.

En efecto, el nombre de *Eva*, en el lenguaje origi-

nal de los Hebreos, significa *viviente, vivificante*, ó simplemente *vida*, como traducen los Setenta, haciéndolo derivar de la palabra hebrea *hava ó haya*, y del imperativo *have*, que significa *vivid ó vivid muchos años*. Esta palabra fué adoptada en su integridad y en el mismo sentido por los Latinos, entre los que la palabra *ave* es una salutación, un deseo de vida y de felicidad.

Este hermoso nombre de *Eva* ó de *viviente* ó de *madre de los vivientes*, este nombre tan grande, tan noble, y tan glorioso, fué dado á la primera muger por Adán su esposo despues de la prevaricación de esta muger infortunada, y despues que en castigo de su pecado habia ella oído de la boca misma de Dios la terrible sentencia que la condenaba, lo mismo que á su esposo y á toda su posteridad, á una muerte inevitable, porque apenas habia acabado el Criador de decir á Adán: *Tú eres mortal, y tú morirás*, cuando volviéndose Adán hácia Eva, le dice: *tú eres la vida*.

Peró, qué extraño contraste se verifica aquí! escucha S. Epifanio. Eva por su pecado acaba de morir tanto en el órden corporal como en el órden espiritual, sin embargo en estas circunstancias es cuando Adán le dá el nombre grande de *Eva*, es decir de *vida* ó de *viviente* Eva por su pecado acaba de causar una revolución espantosa en toda la naturaleza; ella ha traído la muerte, no solamente sobre sí, sino tambien sobre su esposo y sobre toda su posteridad, por consiguiente desde este momento nos dá á luz para la muerte; y sin embargo entonces es cuando Adán la llama *madre de todos los vivientes*. Y no es una cosa muy singular que en el momento en que Dios hace resonar en los oídos de Eva la palabra de *muerte*, le dirija Adán un saludo de un deseo de *vida*?

Es indudable, dice el mismo Doctor, que al hablar así Adán á la primera Eva, tenia presente la segunda, es decir María. A esta segunda Eva fué á quien á

dirigió su saludo solemne, misterioso y profético, llamándola *vida* y *madre de todos los vivientes*. Este nombre solo se dió á Eva por enigmas y por figuras, pero literalmente y en la realidad se dirigió á María.

Tierno y santo misterio de la misericordia divina, misterio admirable de la divina bondad! Apenas el hombre consuma su pecado, cuando la clemencia divina le previene y le ofrece el remedio y el perdón! Las palabras que anuncian y prometen la vida se mezclan y se confunden con las que amenazan con la muerte. En el instante mismo en que el hombre cae, y atrae sobre sí y su posteridad todos los anatemas, se abre el porvenir á sus ojos y á su esperanza; y en la muger que está á su lado, vé Adán la figura de otra muger semejante á la primera por su sexo y su fecundidad, aunque muy diferente por su santidad y su justicia, que dará la vida á los que la primera engendró para la muerte. Esclarecido con una luz divina el prevaricador, enemigo de Dios, se hace un profeta inspirado por Dios. Desde el paraíso terrenal se traslada en espíritu al Calvario. Desde el árbol funesto de la ciencia se vuelven sus miradas hácia el árbol santo de la cruz. Allí vé por una parte al Adán celestial, al Adán inocente y fiel que se coloca en el lugar del Adán terreno, prevaricador y rebelde, se somete al castigo que este ha merecido, espía su pecado, se sacrifica y sufre la muerte. Por otra parte vé á María asociada á los padecimientos de Jesucristo y que en él y con él engendra los hijos de la nueva alianza; él vé el número de sus hijos, vé su dignidad y su gloria, admira su santa fecundidad, la anuncia y la proclama. En la persona de Eva que concibe en el pecado, que pare para el sepulcro, que multiplica sus hijos para poblar el infierno, y á la que ningún otro nombre conviene mejor que el de *madre infortunada de los muertos*, saluda desde lejos á María que concibe á los hombres para la

gracia, que lo pare para la inmortalidad, que multiplique sus hijos para poblar el cielo, y á la que por consiguiente el nombre de madre afortunada, de madre dichosa de todos los vivientes conviene propia y literalmente.

Mas ved aquí el modo conque los misterios del Calvario son, no solamente anunciados, sino tambien puestos por decirlo así en accion, y representados en el paraíso terrenal cuatro mil años antes que se cumpliesen. Despues que Adan incurrió en la muerte, despues que Eva fué condenada á las molestias y á los dolores del parto; cuando uno y otro principiaban á espertamentar los efectos funestos de su condenacion respectiva, Adan proclama á Eva *madre de los vivientes*. Pues bien, esto es lo que sucede precisamente en el Calvario. Jesucristo muere allí, en cumplimiento de la sentencia pronunciada contra Adan, y María pare en el dolor, cumpliendo la sentencia pronunciada contra Eva; entonces es cuando el verdadero Adan se vuelve hácia la verdadera Eva, la *Madre de todos los verdaderos vivientes*. Porque en el momento en que, designándole á S. Juan, le dice: *MUGER HE AHÍ TU HIJO*, es como si le hubiera dicho: Muger, ves á Juan que está presente? El es puro, él es santo, él es fiel, él es viviente con la vida de la gracia. Pues bien! Hé ahí precisamente cuáles son los hijos de que te haces madre en este momento: hijos puros, santos, fieles, vivientes. Los clavos que desgarran mi carne, atraviesan tambien tu corazon, tu alma participa de los sufrimientos de mi cuerpo. Por tu aficcion profunda has entrado conmigo en sociedad de penas y de tormentos, participas tambien conmigo de la recompensa. Tu has sufrido por mí, sé fecunda conmigo. Los hijos que reciben el ser de mí, lo reciben igualmente de tí. Ellos te pertenecen por la misma razon que me pertenecen á mí. Tu los has dado á luz con tu dolor, como yo con mi

llagas y mi sangre. He ahí pues que ya han nacido esos hijos queridos: hé ahí el tipo y el modelo en la persona de Juan; yo soy el Redentor, tu eres la Madre.

La salutacion que Adan dirige á Eva, el titulo que le dá de *madre de los vivientes* es pues la prediccion de la maternidad preciosa de María, y repetida como por un eco fiel, resuena en el calvario. Allí es en efecto donde el verdadero Adan constituye y declara á María Madre, especialmente de aquellos que son fieles como S. Juan, Madre de los hombres purificados con la sangre del Hijo de Dios y vivificados por su muerte, Madre de los verdaderos hijos.

Aunque la exclamacion de Adan, al dirigirse á Eva sea eminentemente misteriosa y profética, y aunque, como ya lo hemos hecho notar con San Epifanio, tenga ella su sentido real y completo en un porvenir lejano, tiene tambien una significacion inmediata y un sentido para el presente. Este sentido, aun cuando sea menos noble y menos importante que el primero, no por eso es menos verdadero; menos legitimo ni menos real. Adan pues al profetizar la maternidad de María, quiso tambien proclamar la de Eva; porque si María debia ser la verdadera *madre de los vivientes* que nacerian del segundo Adan, del Adan celestial, no es menos cierto que Eva debia ser madre de los vivientes que habian de nacer del primer Adan, del Adan terreno. Y no solo por una vez la llama *Eva*, sino que forma su nombre de esta magnífica palabra, y en adelante no debe ella ser distinguida ni llamada sino por este nombre. Este nombre no es arbitrario y comun, sino propio y particular de ella sola; él está fundado en la cualidad y en la condicion misma de la persona que lo recibe. Es un nombre característico que no conviene mas que á ella; es un nombre que no puede recordar ni pronunciar la persona que lo lleva, sin acordarse de la dignidad de que se halla investida, es decir,

que Adán quiere, no solamente que su esposa se considere á sí misma como la *madre de los vivientes*, sino que sea considerada, reconocida y honrada bajo esta cualidad por todos sus descendientes. Esto fué como si hubiera dicho á su posteridad: Vosotros todos los que nacereis de mí, y me mirareis como vuestro padre, considerad que no descendéis de mí si no por medio de Eva. Ved pues en ella la madre universal, la madre comun.

Lo que Adán dijo implícitamente en el paraíso con respecto á Eva, lo dijo Jesucristo explícitamente en el Calvario con relación á María. Después de haber mostrado á María sus hijos en la persona de S. Juan, muestra también á S. Juan ó á sus hijos la persona de su Madre en María.

Cuán clara es y cuán sensible la consonancia y la armonía del lenguaje de uno y otro Adán! El uno designa á Eva como la madre comun de todos los hombres que nacerán de él en orden de la naturaleza, y el otro designa á María como la madre comun de todos los hombres que habian de nacer de él en el orden de la gracia. Al lado de estos dos padres, que engendran, el uno en el pecado y el otro en la justicia; el uno un pueblo de réprobos, y el otro un pueblo de justos; ved aquí dos mugeres; ved aquí dos madres con las que cada uno de ellos divide la acción generadora de su respectiva descendencia, dividiendo los honores de la paternidad; y sin embargo, los dos dán á sus mugeres el título magnífico de *madre*, y de este título forman su nombre propio, su nombre distintivo y característico, que anuncia toda su dignidad y toda su grandeza; y este nombre que ellas deben llevar, es tomado de lo que ellas son en sí. Todos los hombres que nacen para la tierra, nacen de Adán por Eva; no hay pues nombre alguno mas adecuado que el de *madre de todos los vivientes*, que se le ha dado. Todos los hombres que

han de nacer para el cielo, nacerán de Jesucristo por María; no hay pues título mas exacto que el de *madre de todos los fieles*, que se le ha dado igualmente.

Estas consideraciones son tan instructivas, como nobles y elevadas. Al manifestar lo que Jesucristo y María hicieron por la salvacion de los demás, publicamos altamente lo que debemos nosotros hacer por la nuestra. Ya hemos visto como se sometió Jesucristo, para salvarnos, á la pena impuesta á Adán, *de adquirir el pan cotidiano con el trabajo de sus brazos y el sudor de su frente*; y cómo María, para cooperar á esta misma salvacion, se sometió igualmente á la pena impuesta á Eva, *de dar á luz sus hijos en el dolor*. Este ejemplo nos manifiesta, mejor que cualquiera otra instruccion, la necesidad en que nosotros, hijos de Adán y Eva, estamos de cultivar la tierra ingrata de nuestro corazon para arrancar de ella las malas yervas, las tristes espinas de las pasiones culpables y de las afecciones profanas de que es tan fecunda; de remover este suelo con aplicacion, de regarlo con nuestros sudores, luchando incesantemente con nosotros mismos, velando continuamente sobre nosotros, orando sin cesar para asegurarnos el pan de la gracia, que es la vida del espiritu, y producir, como nos lo advierte el Espiritu Santo, no un alimento defectuoso, sino un alimento sólido y durable, que nos fortifique para la vida eterna. Todo esto nos costará sin duda alguna mucha fatiga, mucho trabajo, muchos padecimientos y tal vez una agonía de sangre; porque la Escritura nos dice que debemos agonizar por nuestra alma, y que alguna vez hay necesidad de luchar con nosotros mismos hasta derramar sangre. Mas el ejemplo de María que nos dió á luz en medio de los dolores mas agudos y de las mas crueles angustias, nos dice que los sufrimientos son una

ley universal para todo parto espiritual, y que, como observa el venerable Beda, todos los que se aplican á concebir espiritualmente y á dar á luz en su propio corazón al verbo divino por medio de la fé, y á conservar por medio de las obras de virtud, deben sujetarse á la pena de los sufrimientos. Y qué! pudo Jesucristo hacerse el hombre del dolor, pudo María hacerse la Reina de los Mártires, y no he de poder yo participar de esos dolores y de ese martirio para salvarme? Es posible que me tenga yo mismo menos amor que me han tenido ellos, y que me parezca demasiado duro hacer por mí mismo una pequeña parte de lo que Jesucristo y María hicieron por mí? Es posible que mi salvacion, mi inmortalidad y mi felicidad eterna, que tanto costaron á Jesús y á María cuando me adquirieron el derecho á ellas, no deban costarme á mí nada para entrar á poseerlas?

Divinos personajes, que unidos á una misma cruz, fuisteis sumergidos en un mar de aflicciones y de amarguras para darme á luz á la gracia, para regenerarme á la vida! Ah! hacéd que vuestras penas y vuestros dolores no sean infructuosos para mí! Haced que yo sea de esas almas afortunadas que viven una vida puramente espiritual, y de quienes vos, ó Jesús mio! sois el esposo, y vos, ó tierna María sois la madre! Ah! hacéd que vuestras lágrimas preciosas y vuestra sangre ablanden mi miserable corazón! Triunfad de su dureza, penetradle del sentimiento de la mas tierna gratitud por el amor tan grande con que le habeis prevenido; animadme de una santa fortaleza, á fin de que me dedique enteramente á trabajar hasta la muerte en la adquisicion del alimento divino de la gracia, que no perece con el cuerpo, sino que nos dá derecho á la posesion de la vida eterna. (Vase la nota treinta y una.)

FIN.

NOTAS.

CAPITULO I.

Jesús al morir obra las mas grandes maravillas (a): designio de la providencia al conducir á María al pie de la cruz (b) testamento de Jesús Crucificado. (c).

(a) Jesús muere; pero en el momento de su muerte comienza un triunfo y su reinado. Desde lo alto del Calvario, repudia al antiguo pueblo y crea uno nuevo, destrona los falsos Dioses y los Césares, llama al Capitolio á los Apóstoles y á los Pontífices, y su último suspiro llena de terror á la Sinagoga y engendra á la Iglesia.

Jesús muere; pero al morir arroja un gran grito y la naturaleza admirada reconoce la voz de su Señor; el Sol se eclipsa, la tierra tiembla, el velo del templo se rasga, los sepuleros se rompen y la muerte vencida abre sus abismos y suelta sus víctimas.

Jesús muere; pero al morir mueve y convierte todo lo que se asocia á su suplicio: es reconocido por Dios por el compañero mismo de su muerte, triunfa de los corazones y su última mirada convierte el corazón de un malvado. &c. *Cambaceres. Sermon de la Pasion de Jesús Crucificado.*

(b) No creais, hermanos míos, que la santa Madre de nuestro Salvador sea llamada al pie de su Cruz solo para asistir al suplicio de su Hijo único, y para rasgar su corazón con este horrible espectáculo. Tiene intentos mas elevados la divina Providencia sobre esta afligida Madre, y debemos hoy entender, que es llevada y puesta en este abandono junto á su hijo; porque es voluntad del Eterno Padre, no solo el que se inmole con esta víctima inocente, y sea clavada á la Cruz del